

LOS MALES DE CATALUÑA Y SUS REMEDIOS

Javier Barraycoa

1. Introducción

El nacionalismo catalán no deja de ser más que el fruto –podrido– de una reacción mediada por el resentimiento. El catalanismo es una reacción al Estado liberal desde el liberalismo camuflado originalmente de pseudotradicionalismo que prontamente derivó en conservadurismo y, a la postre, se manifestó con su crudeza revolucionaria. Ello no nos debe extrañar, ya que ya avisaba León XIII que el nacionalismo es fruto del liberalismo y su consecuencia lógica. Pues si la libertad individual no queda limitada por nada superior, lo mismo ha de ocurrir con la «voluntad general». O con otras palabras si la libertad es absoluta, queda legitimado el derecho de autodeterminación. Por tanto si alguien se empeña que un pueblo es una nación dominada por un Estado liberal, encontrará en la fundamentación filosófica del Estado «opresor» los argumentos para justificar su escisión.

2. El mal del liberalismo

El tan proclamado derecho de autodeterminación, sin ser citado expresamente, ya queda reprobado por Pío IX en la *Quanta Cura*, cuando afirma que «algunos despreciando y dejando totalmente a un lado los certísimos principios de la sana razón, se atreven a proclamar “que la voluntad del pueblo manifestada por la opinión pública, que dicen, o por de otro modo, constituye la suprema ley independiente de todo derecho divino y humano; y que en el orden público los hechos consumados, por la sola consideración de haber sido consumados, tienen fuerza de derecho”». El principio

de autodeterminación nunca será utilizado por el liberalismo –bajo sus múltiples formas– para proclamar un *serviam*, sino que evidentemente se convierte en un sinónimo del tristemente famoso *non serviam*.

Igualmente, el principio de autodeterminación, en cuanto forma de autodivinización colectiva, permite hilarse con el relato romántico que el catalanismo fue creando de sí mismo. El *Ave Fénix* se convirtió en el icono de la «*Reinaixença*» o renacimiento del «espíritu nacional catalán». Si seguimos los relatos de Prat de la Riba, y otros tantos teóricos originarios del catalanismo, en ellos se describen la muerte de la Cataluña al quedar «desnacionalizada» por la acción de los Borbones centralizadores. Ello llevaría a la muerte de la lengua catalana (el *Verbo*) y por tanto a la de la conciencia colectiva. Pero en el siglo XIX se produciría la milagrosa resurrección de la lengua (*Verbo*) y con ella la del espíritu nacional catalán. Así en el siglo XIX el renacimiento literario precedería al renacimiento político de principios del siglo XX (lógicamente coincidiendo con la etapa de esplendor de la Lliga Regionalista). Muerto y resucitado, el cuerpo místico catalán tiene evidentemente todo el derecho a autodeterminarse (1).

Esta afirmación no es una mera extrapolación de las actitudes nacionalistas, sino que se expresa literalmente infinidad de veces en las plumas catalanistas. Por ejemplo, en *La nacionalitat catalana*, Prat de la Riba cita un texto de una conferencia de Puig y Cadafalch (2) en el *Centro Escolar Catalanista*. La cita es suficientemente reveladora: «Somos [en referencia a los catalanes] una voz en el concierto de los pueblos que resucitan como si hubieran sentido el mandamiento divino

(1) Bajo una forma secularizada, el principio de autodeterminación queda recogido en el proyecto de una Constitución Catalana, en su artículo 1, elaborado por Macià desde su exilio en La Habana: «El pueblo de Cataluña, en ejercicio del derecho inmanente que le corresponde de darse por voluntad propia y sin injerencias extrañas a su organización política, se constituye en Estado independiente y soberano y adopta como forma de Gobierno la República técnico-democrática-representativa».

(2) Puich i Cadafalch fue uno de los dirigentes de la Lliga. Famoso arquitecto modernista llegó a presidir la Mancomunitat catalana.

que señala la hora de volver a vivir sobre la tierra de las antiguas nacionalidades naturales» (3).

Desde hace tiempo ha sido suficientemente estudiada la influencia romántica en los orígenes del catalanismo y otros movimientos nacionales. Pero sólo muy recientemente han empezado a aparecer estudios que sostienen tesis más atrevidas, sugerentes y, a nuestro entender, verdaderas. Estas propuestas se concretarían en que la «Renaixença» simplemente no existió. Ha sido un *constructo*, un relato, desarrollado con carácter retroactivo para justificar las tesis políticas que habían surgido a finales del XIX. Al respecto es fundamental la voluminosa obra aparecida recientemente de Joan-Lluís Marfany en la que el autor se plantea: «En eso que suele llamarse “Renaixença” no hubo nunca ningún propósito de hacer renacer nada ... La “Renaixença”, entonces, no fue ningún renacimiento, pero entonces ¿qué fue? Esta es la pregunta a la cual mi trabajo querría dar respuesta» (4).

Si bien esta nación resucitada tendría el derecho a la autodeterminación sobre cualquier otro principio político o histórico, este derecho no podría ser tampoco negado a los individuos que la componen. Cada uno de ellos, podría autodeterminarse en sus ideales y principios sin tener que someterse a referentes y principios más elevados. Por eso, y así lo intuye Prat de la Riba, la Cataluña *catalanista*, no podría ser nunca aquella de la que Torras i Bages había afirmado «Cataluña será cristiana o no será». Y en respuesta al Obispo de Vich, Prat de la Riba pronuncia su famosa definición de Cataluña: «Una Cataluña libre podría ser uniformista, centralizadora, democrática, absolutista, católica, librepensadora, unitaria, federal, individualista, estatista, autonomista, imperialista, sin dejar de ser catalana» (5). No obstante, y en un acto de hipocresía, en la misma obra se

(3) Cit. en Enric PRAT DE LA RIBA, *La nacionalitat catalana*, Barcelona, La Catalunya, 1910, pág. 57. (Original en catalán, traducido por el autor como todos los textos que en este artículo provengan de dicha lengua).

(4) Joan Lluís MARFANY, *Nacionalisme espanyol i catalanitat. Cap a una revisió de la Renaixença*, Barcelona, Edicions 62, 2017, pág. 8.

(5) Enric PRAT DE LA RIBA, *op. cit.*, pág. 46.

atreve a citar como uno de sus referentes indispensables *La Tradició catalana* de Torras i Bages (6).

Se cumple así lo que denunciaba Gregorio XVI: uno de los males que derivan del liberalismo y de los tiempos modernos es precisamente la *libertad de conciencia*. Este mal es precisamente lo que expresa el texto de Prat de la Riba al imponer como valor absoluto la nacionalidad catalana por encima de los contenidos de las creencias y principios. El texto del Papa se antecede en casi 80 años al escrito de Prat de la Riba. Así se lee en su encíclica *Mirari Vos*: «10. De esa cenagosa fuente del indiferentismo mana aquella absurda y errónea sentencia o, mejor dicho, locura, que afirma y defiende a toda costa y para todos, la libertad de conciencia. Este pestilente error se abre paso, escudado en la inmoderada libertad de opiniones que, para ruina de la sociedad religiosa y de la civil, se extiende cada día más por todas partes, llegando la impudencia de algunos a asegurar que de ella se sigue gran provecho para la causa de la religión».

Al convertirse la «nación» en una realidad divina pero absolutizada, el nacionalismo no puede menos que acabar siendo una forma pseudoreligiosa imanentista. El imanentismo permite aceptar la accidentalidad del contenido de una realidad siempre y cuando su forma sea absoluta. Esta es ni más ni menos que la famosa definición de democracia que nos propone Espinoza. Y ello nos hace comprender mejor la tesis de Prat de la Riba y el peligroso alcance de sus pensamientos.

3. El mal del imanentismo

En esta misma revista, en un inolvidable artículo de Francisco Canals se exponía la uno de los aspectos más nucleares para la comprensión del nacionalismo: «El nacionalismo es al amor patrio lo que es un egocentrismo desordenado en lo afectivo (...). El nacionalismo, amor desordenado y soberbio de la “nación”, que se apoya con frecuencia en una proyección ficticia de su vida y de su historia, tiende a suplantar

(6) *Ibid.*, pág. 10, nota 1.

la tradición religiosa auténtica, y sustituirla por una mentalidad que conduce por su propio dinamismo a una “idolatría” inmanentista (...). El catalanismo está empujando siempre a los catalanes a avergonzarse de lo que han sido, y a ocultar todo aquello que en su historia no resulta coherente con la “Catalunya de paper” que Torras y Bages denunciaba (...). El catalanismo se ha ejercido en dirección antitética a la tradición catalana. (...) El idealismo romántico que inspira al nacionalismo relativiza y subordina al mito metafísico de la “nacionalidad” todos los bienes humanos, naturales y sobrenaturales. (...) El nacionalismo corre el riesgo de convertirse en una enfermedad mental colectiva» (7).

Cabe destacar de este intenso texto dos apreciaciones. Por un lado el carácter idolátrico del nacionalismo al desviarse el sano amor a la patria tal y como queda reflejado, por ejemplo, en la *Suma teológica*. De ello se derivaría en boca del propio Canals en una especie de narcisismo colectivo. Por otro lado, el carácter inmanentista, idolátrico y por lo tanto panteísta del nacionalismo, que ha sido detectado por muchos autores (8). Respecto al panteísmo hay que decir que las condenas sobre el nacionalismo –que algunos teólogos niegan que se hayan producido nunca–, precisamente por ser un inmanentismo, las encontramos en los siguientes puntos de la *Mit brennender Sorge*: «26. Venerables hermanos, ejerced particular vigilancia cuando conceptos religiosos fundamentales son vaciados de su contenido genuino y son aplicados a significados profanos. 27. Revelación, en sentido cristiano, significa la palabra de Dios a los hombres. Usar este término para indicar las sugerencias que provienen de la sangre y de la raza o las irradiaciones de la historia de un pueblo es, en todo caso, causar desorientaciones. Estas monedas falsas no merecen pasar al tesoro lingüístico de un fiel cristiano. [...] 29. La inmortalidad, en sentido cristiano, es la sobrevivencia del hombre después de la muerte terrena,

(7) FRANCISCO CANALS, «La Cataluña que pelea contra Europa», *Verbo* (Madrid), núm. 347-348 (1996).

(8) Por ejemplo: «El nacionalismo, el comunismo, el fascismo, todas las pseudoreligiones del siglo XX, son típicas idolatrías del futuro», ALDOUS HUXLEY, *Sobre la divinidad: ensayos*, Barcelona, Kairós, 2009, pág. 93.

como individuo personal, para la eterna recompensa o para el eterno castigo. Quien con la palabra *inmortalidad* no quiere expresar más que una supervivencia colectiva en la continuidad del propio pueblo, para un porvenir de indeterminada duración en este mundo, pervierte y falsifica una de las verdades fundamentales de la fe cristiana y conmueve los cimientos de cualquier concepción religiosa, la cual requiere un ordenamiento moral universal. Quien no quiere ser cristiano debería al menos renunciar a enriquecer el léxico de su incredulidad con el patrimonio lingüístico cristiano» (9).

Esta condena, perfectamente podría aplicarse sobre uno de tantos textos «racialistas» que proliferaron entre los intelectuales catalanistas del primer tercio del siglo XX. A modo de ejemplo, en *Herejías* de Pompeu Gener se afirma: «... de los estudios etnográficos, geográficos, climatológicos e históricos, [Cataluña] resulta ser una nación por la fusión de razas arias casi en su totalidad. Con un medio ambiente especial, con un pasado glorioso, con tradiciones propias, con una lengua literaria que ha dado grandes obras maestras, reinando sobre todo el Mediterráneo. Por tanto [los catalanistas] apoyan su aspiración a la autonomía, no sólo en el pasado histórico, sino en algo más hondo, en la raza, en la diferenciación antropológica, en la psicología y la lingüística, en el medio ambiente y en la directriz de la evolución, según el genio de la nacionalidad catalana, cuyas lineaciones una inducción sería determina. (...) Quisiéramos organizar Cataluña conforme el carácter que nos da la raza, el clima, la vegetación, la situación geográfica y las altas tradiciones de las edades pasadas, todo en armonía con el movimiento general de la civilización europea, con un gran esplendor de arte, de ciencia, de filosofía y de manifestaciones vitales» (10).

Este ontologismo inmanentista llega hasta la exasperación cuando se otorga al marco geográfico (por no decir telúrico) de Cataluña, la fuerza de engendrar nuevos catalanes, aunque fueran extinguidos biológicamente. A propósito es increíble

(9) Pío XI, Encíclica *Mit brennender Sorge*, 14 de marzo de 1937.

(10) P. GENER, *Herejías*, citado por ENRIC UCELAY-DA CAL, *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Barcelona, Edhasa, 2003, pág. 274.

el siguiente texto: «... si fuera tan grande nuestra desventura que la gente catalana fuera del todo esclavizada y totalmente destruida, y no quedara ni una sola mujer catalana para parir; con la sangre de los vencedores, con esas u otras apariencias, nuestro paisaje volvería a producir con los siglos otra raza catalana tan esencialmente catalana como la nuestra» (11).

La relación de este tipo de pensamientos con el nacionalismo alemán es más que evidente y nos recuerda a Fichte cuando afirma que: «pueblo y patria en esta significación como portador y prenda de la eternidad telúrica y como aquello que puede ser eterno en este mundo» (12). El hecho –consciente o inconsciente– de divinizar la nación, sólo puede desatar patologías colectivas como el narcisismo.

4. El mal del narcisismo

Para los pueblos, el único remedio contra el mal del nacionalismo está en reconocer que hay una trascendencia sobre a la propia vida nacional que impide idolatrar a la nación. Ello, a modo de ejemplo, queda reflejado en una preciosa pastoral –prácticamente desconocida– del obispo Irurita en la que decía: «¡Cataluña! Tú te sientes mal, desasosegada, y piensas hallar remedio en un cambio de postura. Pero, ¿a qué lado te quieres cambiar? Vuélvete a tu Virgen; en sus brazos maternos hallarás a Jesús, que es tu única salvación. Arroja lejos de ti la impiedad, la corrupción de costumbres, la maldita blasfemia, el espíritu de discordia y otras plagas

(11) «si fos tan gran la nostra desventura que la gent catalana fos del tot dominada, esclavitzada i totalment destruïda, i no restes ni una dona catalana per a parir; amb la sang dels vencedors, amb aquei-xes o unes altres aparences, el nostre paisatge tornaria a produir amb els segles una altra raça catalana tan essencialment catalana com la Nostra», Àngel DUARTE, «La ciutat, el paisatge i la nació. Una lectura de l'obra de Pere Coromines», *Estudi General* (Gerona), núm. 13 (1993), pág. 100. En este trabajo hacia notar la similitud con los argumentos de gente tan dispar como Enric Prat de la Riba o Antoni Rovira i Virgili. Cfr. Santiago IZQUIERDO, *Pere Coromines (1870-1939)*, Catarroja-Barcelona, Afers, 2001. Angel DUARTE, *op. cit.* pág. 167.

(12) J. G. FICHTE, *Discursos a la nación alemana*, Madrid, Taurus, 1968, pág. 148.

morales que se han entrado por tus puertas. No es eso la herencia que te legaron tus mayores. *No es eso Cataluña. He aquí el mejor cambio de postura que te conviene. Todos los demás no te darán la salud*; como a un enfermo de huesos dislocados de nada le servirán los cambios de postura en la cama, mientras los huesos no vuelvan a su lugar» (13).

Este «desasosiego» que denuncia el obispo mártir Irurita, está en relación con fenómenos psicosociales que se escapan de lecturas meramente políticas y superficiales. Coincide con la expresión que recogíamos arriba del Doctor Canals: «El nacionalismo corre el riesgo de convertirse en una enfermedad mental colectiva».

Recientemente se han editado unos escritos que debían haber sido recopilados en el tomo XII de las obras completas de Josep Pla, en 1969, pero que se quedaron en algún cajón por algún motivo. Ahora han sido rescatados y nos ofrecen una visión inédita que Pla tenía de esta Cataluña «rota» por una especie de crisis colectiva radicada en su subconsciente colectivo. Un significativo y aterrador extracto dice así: «El catalán actual es un producto de la decadencia de Cataluña. Su rasgo característico es el complejo de inferioridad, fruto del deterioro de su personalidad. El catalán no tiene patria, por eso es un ser diferente que no puede compararse con quienes la tienen. Perdió la patria e hizo un gran esfuerzo para tener otra, sin lograrlo. El catalán no tiene un inconsciente sano, normal y abierto. Esto explica sus características: a veces es un engreído –la jactancia que nota Unamuno–. Pero a menudo también posee una humildad morbosa, humillada y ofendida, y por eso Unamuno dice que “*hasta cuando parece que atacan, están a la defensiva*”. Puede que esa vanidad insoportable sea una consecuencia del sentimiento de humillación, y viceversa –la humillación crea, como una evasión incontenible, la vanidad. Encontrar un catalán normal es difícil» (14).

(13) Manuel IRURITA, Carta Pastoral *Montserrat*, 11 de abril de 1931. El subrayado es nuestro.

(14) Josep PLA, *Hacerse todas las ilusiones posibles y otras notas dispersas*, Barcelona, Destino, 2017. Las referencias están sacadas en un extracto previo a la publicación de la obra, publicado en <https://www.zendalibros.com>.

En la continuación de esta inquietante descripción, se van destacando las características propias del narcisismo, empezando por la doblez de la personalidad. Así, sigue relatando Pla: «El catalán de hoy tiene miedo de ser él mismo. Este miedo es como un tumor que lleva dentro. El catalán oculta sus verdaderos sentimientos, disimula su manera de ser, escamotea su autenticidad, aparenta ser diferente de quien es» (15). Ni más ni menos esta descripción es un reflejo de lo que Prat de la Riba detecta y expresa en *La nacionalitat catalana*, como algo propio del alma catalana pero que solo puede resolver el nacionalismo: «Era menester acabar de una vez y para siempre con esta monstruosa bifurcación de nuestra alma (sentirse españoles y catalanes a la vez); habíamos de saber que éramos catalanes y sólo catalanes. Esta obra, esta segunda fase del proceso de nacionalización, no la hizo el amor, sino el odio». Si quisiéramos traducir la sentencia de Prat de la Riba a un lenguaje psicológico, diríamos que el odio a lo castellano sería el estresor que sublimaría el sentimiento narcisista del catalanismo.

Este narcisismo flota por todos los textos catalanistas desde finales del siglo XIX hasta los discursos más burdos del independentismo actual. Nuevamente recurrimos a *La nacionalitat catalana*, donde se señala que, una vez recuperada la conciencia nacional: «va pasando ante nuestros ojos un rosario de grandes hombres de nuestra tierra» (16). Aunque el discurso *racialista* en Prat de la Riba es meramente nominal (17), poco a poco el racismo moderno se va instalando en el argumentario catalanista como reflejo de ese narcisismo. En el análisis del racismo que realiza el profesor Francisco Caja (18), tenemos infinidad de datos y argumentos para descubrir el narcisismo colectivo catalán, bajo apariencia de una raza llamada a no estar sometida por otras

(15) *Ibid.*

(16) Enric PRAT DE LA RIBA, *op. cit.*, pág. 50.

(17) Concedemos que aunque Prat de la Riba, incluso Torras i Bages, hablen de raza catalana, este concepto aún es anfibológico y tiene casi siempre una aplicación como sinónimo de «cultura» y no tanto de etnicismo.

(18) Francisco CAJA, *La raza catalana*, Madrid, Encuentro, 2013, 2 vols.

inferiores. Entre afamados (aunque escondidos) racistas catalanes, tenemos al que fuera diputado de ERC durante la República, Pere Rossell. En una de sus obras afirma que: «El dominio de hombre a hombre es indigno, pero más de raza a raza, cuando no las separa a ambas la distancia que va de barbarie a civilización» (19).

En 1891, Joaquim Casas-Carbó publicaba *Estudis d'etnogènia catalana* para intentar demostrar con argumentos filológicos que los catalanes tienen un origen ario. Otro tipo de argumento para demostrar que los catalanes son arios, es el propuesto por Lluhí y Rissech, en un artículo de *La Veu de Catalunya*, del 7 de noviembre de 1899: «La autonomía es una idea simpática a los elementos de la raza aria de España [los catalanes] y es terriblemente antipática a los elementos de la raza semítica [los castellanos]». El discurso racista catalanista es mucho más extenso de lo que podemos imaginar, aunque también lo encontramos sutilmente expresado bajo formas de espiritualidad. Un ejemplo son algunos artículos de Rovira i Virgili en *La Publicitat* donde hablaba constantemente de «una irreductible oposición espiritual» entre Cataluña y Castilla. Evidentemente esta incompatibilidad lo que expresa de fondo es la superioridad moral del alma catalana sobre la castellana. Por no alargarnos, dirigimos al lector a la obra referida del profesor Caja. Sólo para apuntalar este epígrafe, relacionaremos algunas características del trastorno nacionalista y no tendríamos dificultad alguna en encontrar textos que avalaran esta fenomenología colectiva. El narcisista se caracteriza por su desproporcionado sentido de importancia, cree que es especial y todo el mundo le contempla, exige una admiración por parte de los demás igualmente desproporcionada y si no lo consigue es tomado como un agravio ofensivo. Todo narcisista (individual o colectivo) envidia a los demás, pero quiere creerse que son los demás que le envidian. Es evidente que el narcisismo sólo puede acabar en un trastorno de complejo de superioridad.

(19) Pere MÀRTIR ROSSELL, *Diferències entre catalans i castellans. Les diferències específiques*, Barcelona, Tipografia l'Avenç, 1917, pág. 12.

5. El mal del complejo de superioridad

El complejo de superioridad es la visibilización de otro trastorno que nunca se quiere reconocer: el complejo de inferioridad. Por eso las manifestaciones de externas son lo contrario de lo que las causa. El complejo de superioridad se manifiesta por el exceso de orgullo que a uno le hace sentirse por encima de los demás. Para el individuo o colectivo que lo sufre, los demás siempre están equivocados y hay que enderezarlos. Son arrogantes, altivos, prepotentes. Y ante todo necesitan ser reconocidos. Un texto de uno de los racistas catalanes más curiosos, nos ilustra perfectamente esta descripción clínica. El texto lo entresacamos de la ya citada *Herejías* de Pompeyo Gener Babot (a) Peius (1848-1920). Peius Gener defenderá ardientemente la superioridad de la raza catalana (20). En su obra anunciaba su teoría racial: España estaba dominada por elementos semíticos y negroides, excepto en las zonas del norte, especialmente en Cataluña, donde predominaban rasgos arios: «En España, en suma, la población puede dividirse en dos razas. La Aria (celta, grecolatina, goda) o sea del Ebro al Pirineo; y la que ocupa del Ebro al Estrecho, que, en su mayor parte, no es Aria sino semita, presemita y aun mongólica [gitana] (...). Pues bien, la que proporciona la mayoría de funcionarios, de adeptos, y de gente que acata y sufre resignada esa máquina dificultativa del funcionamiento administrativo-gubernamental, es la raza del Ebro al Estrecho de Gibraltar, castellanos, andaluces, extremeños, murcianos etc.». En tono despreciativo, manifestaba el complejo de superioridad con sentencia tales como: «No sabemos ya si el intelecto español, en general, es capaz de progresar y civilizarse a la moderna (...) hay demasiada sangre semítica y berber esparramada (sic) por la península».

Este «supremacismo» es el mero escudo del que sufre un complejo de inferioridad. Según los manuales clínicos de psicología, el que lo sufre es en el fondo débil y es fácil

(20) Hemos de recordar que Gener fue, de joven, un entusiasta partidario del sexenio revolucionario y posteriormente de las tesis catalanistas de Almirall, así como defensor de tesis nietzscheanas y anticristianas.

herirle. Por ello, debe articular un relato de superioridad. Nuevamente nos encontramos con esa dualidad no resuelta en el alma catalana que facilita la autoconvicción del relato nacionalista. Pongamos varios ejemplos. Cataluña nunca llegó a ser un reino, ni siquiera una nación (en sentido moderno). De ahí la insistencia de arrebatarse una dignidad superior a Aragón e inventarse aquellos de la «Corona catalano-aragonesa». Otra duplicidad constante es el discurso del victimismo: Castilla (o España) nos ha dominado. Sin embargo, si los catalanes pertenecemos a una raza aria y superior, cómo es posible que se nos hayamos dejado dominar por razas inferiores e impuras. La lista sería larga, pero otro ejemplo patente en las contradicciones del relato nacionalista lo encontramos en relación al tema de América. Por un lado, son innumerables los textos nacionalistas que acusan a Castilla, de cometer un genocidio en América. Pero, por otro lado, son innumerables las quejas por no permitir a los catalanes viajar a América (¿para colaborar con el genocidio?, nos preguntamos).

Con una sutilidad maravillosa, el texto de Pla que vamos siguiendo, nos confirma en nuestra propia reflexión. Escribe el ampurdanés: «El arrinconamiento al que aludo –dice Pla– crea en el catalán un sentimiento de inferioridad permanente. Al ser el sentimiento de inferioridad algo doloroso, desagradable y abrumador, el catalán ha realizado, colectiva y, en muchos casos, personalmente, un gran esfuerzo para superarlo: ha hecho todo lo posible para abandonar su auténtica personalidad, para desprenderse de ella, pero no lo ha conseguido. Esto ha dado lugar a una psicología curiosa: la psicología de un hombre dividido, que tiene miedo de ser él mismo, y al mismo tiempo, no puede dejar de ser quien es, que se niega a aceptarse tal y como es y que no puede dejar de ser como es. No son elucubraciones mías, son hechos. Son las señales típicas del complejo de inferioridad». Y prosigue: «La enfermedad catalana yace en el subconsciente del país ... El catalán es un fugitivo. A veces huye de sí mismo y otras, cuando sigue dentro de sí, se refugia en otras culturas, se extranjeriza, se destruye; escapa intelectual y moralmente. A veces parece un cobarde y otras un

ensimismado orgulloso. A veces parece sufrir de manía persecutoria y otras de engreimiento. Alterna constantemente la avidez con sentimientos de frustración enfermiza. Aspectos todos ellos característicos de la psicología del hombre que huye, que escapa [...]. La careta que lleva puesta toda su vida le causa un febril desasosiego interno. Es un ser humano que se da –que me doy– pena» (21). Duras son estas palabras de Pla, y aunque escritas hace décadas, hoy cobran una relevancia especial para entender los desvaríos del nacionalismo. Por tanto, cabe preguntarse, cuál es el remedio ante estos males.

6. El remedio del patriotismo y la Tradición catalana

En estos tiempos donde el discernimiento de los contenidos de las palabras apenas carece de importancia, son donde se producen tantas confusiones. En el caso que nos atañe es la incapacidad –desde la dualidad psicológica– del nacionalista para distinguir entre Nación y Patria. Pío XI, en la encíclica *Ubi Arcano*, afirma que: «Pues aún el mismo amor a la Patria y a la propia nación es fuente poderosa de muchas virtudes y de hechos heroicos si se rige por la ley cristiana, se convierte sin embargo en semilla de muchas injusticias e iniquidades cuando, excediendo los límites de la justicia y del derecho, ha surtido en un *inmoderado amor a la nación*». El nacionalismo no deja de ser ese inmoderado amor a la patria, pues ha quedado absolutizado y no queda subordinado ni al amor debido a Dios, ni a la propia realidad. La expresión de Pío XI que hemos subrayado coincide prácticamente con la de Pablo VI, en la *Populorum progressio*: «El nacionalismo (en el texto latino: *propriae civitates gloratio*, vanagloria del propio Estado) aísla los pueblos en contra de lo que es su verdadero bien».

En términos tomistas, el nacionalismo, surge cuando la virtud de la piedad no se ordena a la virtud de la religión. Al respecto el Aquinate, afirma que: «De dos maneras se hace un hombre deudor de los demás: según la diversa excelencia

(21) Josep PLA, *op. cit.*

de los mismos y según los diversos beneficios que de ellos ha recibido. En uno y otro supuesto, Dios ocupa el primer lugar, no tan sólo por ser excelentísimo, sino también por ser el primer principio de nuestra existencia y gobierno. Aunque de modo secundario, nuestros padres, de quienes nacimos, y la patria, en que nos criamos, son principio de nuestro ser y gobierno. Y, por tanto, después de Dios, a los padres y a la patria es a quienes más debemos. De ahí que como pertenece a la religión dar culto a Dios, así, en un grado inferior, pertenece a la piedad darlo a los padres y a la patria» (22). Este es el planteamiento que prácticamente leemos repetido en la *Sapientiae christianae*, de León XIII: «Y, sin embargo (...) alguna vez el orden de estos deberes se trastorna. Porque se ofrecen circunstancias en las cuales parece que una manera de obrar exige de los ciudadanos el Estado, y otra contraria la religión cristiana; lo cual ciertamente proviene de que los que gobiernan a los pueblos, o no tienen en cuenta para nada la autoridad sagrada de la Iglesia, o pretenden que ésta les sea subordinada. De aquí nace la lucha, y el poner a la virtud a prueba en el combate. Manda una y otra autoridad, y como quiera que mandan cosas contrarias, obedecer a las dos es imposible: “Nadie puede servir al mismo tiempo a dos señores”; y así es menester faltar a la una, si se ha de cumplir lo que la otra ordena. Cuál deba llevar la preferencia, nadie puede ni dudarlo».

Volvemos pues a lo planteado al inicio del artículo como uno de los males del nacionalismo catalán en cuanto que autoidolatría colectiva. Esta autoidolatría, tiene su fundamento en las primeras formas teológicas de liberalismo que culminaron con la formación del actual nacionalismo. Nos referimos a la Reforma protestante luterana de la que arrancan estos males. Pío XII, en su Radiomensaje navideño de 1954, no dudó en acusar a la reforma luterana de ser el germen del nacionalismo. A más a más, en el mismo Radiomensaje nos da las claves para evitar que el amor a lo propio se convierta en una idolatría y en permanente fuente de males y conflictos. Dice el Papa: «Muchos creen que la alta política

(22) *Suma teológica*, II-II, q. 101, a.1, respondeo.

tiende de nuevo al tipo de Estado nacionalista, cerrado en sí mismo, centralizador de fuerzas (...) se ha olvidado demasiado pronto el enorme cúmulo de sacrificios de vidas y bienes que ha costado este tipo de Estado. La sustancia del error consiste en confundir la vida nacional, en sentido propio, con la política nacionalista; la primera, derecho y honor de un pueblo, puede y debe promoverse; la segunda, como germen de infinitos males, nunca se rechazará suficientemente. La vida nacional es, por sí misma, el conjunto operante de todos aquellos valores de civilización que son propios y característicos de un determinado grupo, de cuya espiritual unidad constituyen como el vínculo. Esa vida enriquece (...) la cultura de toda la humanidad. (...) [Y] puede desarrollarse junto a otras en el mismo Estado. (...) La vida nacional no llegó a ser principio de disolución de la comunidad de los pueblos, sino cuando comenzó a ser aprovechada como medio de fines políticos; esto es cuando el Estado dominador y centralista hizo de la nacionalidad la base de su fuerza de expansión».

La vida nacional siempre se ha de diferenciar de la política nacional. En un sentido muy estricto –y para evitar equívocos en el lenguaje– diremos que donde se sustenta la Tradición es en lo que el Papa denomina «vida nacional». Sólo desde esta perspectiva podremos entender lo que pretendía transmitir Torras i Bages en *La Tradició catalana*. Debido al abuso de ciertas interpretaciones, muchos han querido ver en este texto un precedente del nacionalismo catalanista. No negamos la dificultad de una lectura adecuada pero el contexto magisterial que hemos expuesto puede ayudar a interpretar lo que el Obispo de Vich quiso dejar escrito.

El problema de *La Tradició catalana* es que se ha convertido en un referente sin que haya sido estudiado y leído convenientemente (23). Una obra que es el resultado de una sucesión de artículos publicados muchos de ellos anteriormente en *La veu de Montserrat*, junto a un añadido final

(23) En este último tramo del artículo, sigo algunas reflexiones que expresé en algún artículo, bajo pseudónimo, que ha sido reproducido en diferentes publicaciones.

sobre figuras del pensamiento y cultura catalanas (24). Las claves para entender la obra deben situarse en una profunda crítica al liberalismo homogeneizador y centralista que inaugura la Revolución francesa, por un lado. Por otro, la comprensión de que «Cataluña y la Iglesia son dos cosas en el pasado de nuestra tierra que es imposible separar». Esta afirmación se concreta en el famoso lema atribuido a Torras i Bages: «Catalunya será cristiana o no será». Esta identificación entre el pasado de Cataluña y el pasado de la Iglesia es lo que le permite afirmar a Torras i Bages la necesidad de que Cataluña tenga su «Ley nacional», su «propia Ley» y «autonomía». Pero cuando Torras i Bages habla con este lenguaje que ha retomado el nacionalismo moderno, quiere significar lo contrario que pretende éste. La pérdida de autonomía de los pueblos se realiza –según el obispo de Vich– en los tiempos posrevolucionarios, con «el servilismo de la moda ... el moderno furor nihilista, un criminal odio parricida, un vano amor a las cosas extranjeras» (cap. I). Esta «Ley» es el reflejo del espíritu de un pueblo. Torras i Bages, no concibe que Cataluña pueda desprenderse de su cristianismo, ni siquiera permite concebir una Cataluña sin fe. Con un agudo providencialismo, afirma: «Cataluña la hizo Dios y no los hombres: los hombres solo pueden deshacerla; si el espíritu de la patria vive, tendremos patria: si muere, morirá ella misma». El «autonomismo» de Torras i Bages, significa que los pueblos, como Cataluña, que son fieles a su espíritu cristiano, sobrevivirán a la revolución liberal que pretende modelarlos, uniformarlos y paganizarlos.

El «autonomismo» del nacionalismo moderno, entiende la autonomía como una autonomía de otros poderes políticos y de todo tipo de Ley trascendente. Por eso, Torras i Bages, contra lo que plantea el nacionalismo moderno y

(24) Consciente del peligro de mala interpretación, Torras i Bages, en la segunda edición de la obra (1905), quiso dejar bien claro que no debía hacerse una lectura en clave de confrontación entre España y Cataluña: «Es certament aquest llibre un breviar del culte a la pàtria-terra: però que de cap manera no s'oposa, ans al revés, al culte d'Espanya, conjunt de pobles units per la Providència, i al culte de la universal Humanitat, a la qual amem, ens sembla, molt més intensament que els sans patrie que es glorien d'èsser humanitaris per excel·lència».

revolucionario, propone que las naciones y pueblos, sobreviven a los Estados, más aún, se pueden desarrollar y vivir sin ellos. Al hablar de Estado, Torras lo identifica con el Estado revolucionario y una estructura administrativa, puramente accidental y mutable, que no puede «encerrar» a las naciones y pueblos. De ahí su defensa del regionalismo. Para Torras i Bages el regionalismo es la reivindicación de que las naciones no necesitan identificarse exclusivamente con un Estado: «Los organismos políticos, los Estados –afirma– se hacen y deshacen según las circunstancias; incluso se los constituye en congresos diplomáticos, por ello su duración es limitada» (cap. III).

El concepto de Tradición que reivindica Torras i Bages, para evitar la construcción de una «Cataluña de papel» es el que implica no confundir la vida «nacional» con la política nacional, como decía Pío XII; es el que no aspira a que la nacionalidad (en la lectura de la época sería sinónimo de regionalismo) se constituya en un Estado y mucho menos en un Estado idolátrico, como reflejo de la autodivinización inmanentista de un pueblo. Evitando todo ello, que no es otra cosa que el liberalismo en su sentido más profundo, es donde reposa la cura de los males de Cataluña.